

ISLAS AL VIENTO. CUANDO LOS NORTEAMERICANOS QUI- SIERON CANARIAS

Domingo Garí*

RESUMEN

Cuando en 1898 se desató la guerra entre España y los Estados Unidos hubo un episodio de esta contienda que se desarrolló en Canarias. Las islas no llegaron a ser atacadas, pero sí vivieron el estrés y se prepararon para la guerra ante las repetidas amenazas que profirieron los norteamericanos. En Canarias no había condiciones para enfrentar a las escuadras de EE.UU. y solo el fanatismo de la clase dirigente y de los militares soñaba con victorias imposibles. El episodio mostró las duras condiciones de subdesarrollo que soportaron las clases populares y el abandono en que los gobiernos de Madrid tenían a las islas.

PALABRAS CLAVE: España, USA, Canarias, guerra, 1898.

ISLANDS TO THE WIND. WHEN THE AMERICANS WANTED THE CANARY ISLANDS

ABSTRACT

When the war between Spain and the United States broke out in 1898 there was an episode of this conflict that took place in the Canary Islands. The islands were not attacked, but they did experience stress and prepared for war in the face of repeated threats by the Americans. In the Canary Islands, there were no conditions to face the US squads and only the fanaticism of the ruling class and the military dreamed of impossible victories. The episode showed the harsh conditions of underdevelopment that the popular classes endured and the abandonment in which the governments of Madrid had the islands.

KEYWORDS: Spain, USA, Canary Islands, War, 1898.



INTRODUCCIÓN

Cuando se desató la guerra con los EE.UU., las islas se sintieron amenazadas por el gobierno de Washington ante los rumores propagados en prensa, que advertían que el presidente norteamericano, Mckinley, iría a por Canarias tras invadir Cuba y Puerto Rico¹. El gobierno español, dirigido por Sagasta, envió algunos batallones para hacer frente a esa eventualidad. En realidad, las tropas despachadas eran insuficientes, y quizá hubiesen sido pertinentes para proteger una de las islas, pero en absoluto lo eran para el conjunto del Archipiélago.

Canarias solo podía defenderse con la participación de una poderosa escuadra, que impidiese a los buques enemigos acercarse atacándolos en alta mar, estableciendo un perímetro marítimo a modo de muralla naval, que obstaculizase el avance de las escuadras enemigas. Pero nada de eso era posible. La armada española fue arrasada en Cavite, Filipinas, y en Santiago de Cuba. Después no quedó escuadra que pudiese defender las islas.

Sagasta era consciente de las nulas opciones españolas, de ahí que estuviese dispuesto a firmar la paz una vez caída Cuba, para no seguir perdiendo posesiones insulares de ultramar. No obstante, había una importante presión por parte de amplios sectores del ejército español para mantener la guerra al precio que fuese, sin tener en cuenta que eso conllevaría la destrucción completa del país, porque a las pérdidas en el Caribe hubieran tenido que sumar Canarias y Baleares, y quizá el sistema político de la restauración y el Estado colapsarían por completo (Ibañez, 1899).

Los militares y el poder civil engañaron a la población, asegurando que la defensa era sólida con las tropas y el armamento desplegado a última hora. En los informes realizados un año después del final del conflicto se reconocía que las defensas eran inservibles y que, de haber querido los EE.UU. hacerse con las islas, no les hubiese costado prácticamente nada. Años después se seguían construyendo las defensas necesarias que hubieran hecho falta en 1898, aunque tampoco con ellas España hubiera garantizado un éxito militar (Farrujia, 2014). También se supo una vez pasado el peligro que, en muchos casos, las municiones que portaban los defensores no servían para las armas que tenían, así que, a las metáforas orográficas sobre la valentía y el amor al terruño, se encomendaba todo el asunto de impedir la conquista norteamericana (Díaz, 1899; Castellano y Clar, 2009; Tous, 1999).

* Departamento de Geografía e Historia. Universidad de La Laguna. hayek@ull.edu.es. <https://orcid.org/0000-0002-8139-3365>.

¹ «Camara Ordered Home. Recalled to protect Spain's coast against Watson» (7-7-1898) The Sun p. 1.

El ejército español estaba desplegado en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Esa enorme distancia geográfica hacía imposible defender Canarias por unas escuadras y una marina pobre y agotada. La movilización de los reservistas se hizo a la vez que el despliegue de algunas tropas traídas de la Península, que, para empeorar la cosa, su conducta dejaba mucho que desear, derivando de ello varios enfrentamientos entre autóctonos y militares, llegándose al punto en que, una vez pasado el peligro de invasión, las autoridades locales solicitaron que los soldados llegados en los meses precedentes fueran nuevamente enviados a su lugar de origen (Díaz, 1899, pp. 29-30).

Desde los primeros días de abril desembarcaron los batallones despachados por el gobierno: «Ya salieron de Madrid las primeras fuerzas del Ejército que España manda a Canarias para ayudar, en caso necesario, a la defensa de estas islas»². El gobierno central temía una escalada en la guerra y ver comprometida la españolidad de las islas.

Comenzaron obras de fortificación y de preparación de emplazamientos para colocar armas pesadas, y se dispuso de almacenes para acantonar a los destacamentos (Mas, 2003). Los principales almacenes en Santa Cruz y Las Palmas fueron requisados y puestos a disposición de los militares. El despliegue de tropas en Tenerife y Gran Canaria, según informa el *New York Tribune*, obliga a montar tiendas de campaña y a habilitar las iglesias para poder establecer a esos contingentes de refuerzo. «Las armas pesadas acaban de ser instaladas en la batería principal, que se encuentra en un promontorio que domina la ciudad y el puerto. En Las Palmas se han acumulado grandes cantidades de grano y más cargamentos están en camino»³, y dentro del plan defensivo se construyeron nuevas baterías para la artillería, «sobre una finca de ubicación estratégica, una tómbola conocida con el nombre de la Isleta, antigua propiedad estatal desamortizada en 1859. El Estado tomó posesión de los terrenos en abril de 1898 para construir un total de 6 baterías» (Mas, 2003, p. 76).

En Santa Cruz, el alcalde mandó a que se colocasen bandos municipales por la ciudad llamando a la población para la defensa. Los destacamentos fueron enviados a proteger todo el frente de la ciudad. Piezas de baterías tiradas por animales hacían de unidades móviles por el frente marítimo.

Los norteamericanos recibían cumplida información que les suministraban los ingleses. En particular, el cónsul en Gran Canaria, agente comercial y súbdito británico Miller. El 21 de abril, el cónsul notifica la llegada de los contingentes

² «¡Viva España!» (2-4-1898). *Diario de Tenerife*, p. 2. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/viewer.vm?id=2806173&page=2> [19/2/2022].

³ «Strengthening the Canaries» (19-4-1898). *New York Tribune*. Recuperado de <https://www.newspapers.com/image/467733287/> [18/2/2022]. La cifra que da el periódico neoyorquino de 6.000 tropas en cada una de estas dos islas (Tenerife y Gran Canaria) está muy inflada, porque 6.000 fueron las tropas desplegadas en el conjunto del Archipiélago, según nos testimonia el coronel de Infantería Manuel Díaz Rodríguez, uno de los jefes de las tropas en Canarias en el momento que sucede lo que aquí narramos. Ver su libro citado más arriba.



militares a la isla, y cómo se tuvieron que improvisar dependencias en casas particulares y en los hoteles ingleses para alojar a los soldados. The Gran Canary Coling Co. puso a disposición del alcalde de Las Palmas un almacén para acoger a las tropas recién llegadas⁴. También otros comerciantes ingleses como Whybert Romby y la Casa Blandy colaboraron con dinero o infraestructura para esta causa. No fue el caso de todos los residentes, «algunos vecinos de Las Palmas se negaron a colaborar en la ayuda contra la invasión de los EE.UU.» (Hernández, 1984, p.20). El cirujano Cristóbal Quevedo «se opuso a dar alojamiento a las tropas llegadas de la Península» (*ibid.*).

La información de Miller agravaba la sospecha generalizada de que los ingleses apoyaban a los norteamericanos. Las manifestaciones de miembros del gobierno británico parecían reforzar esa idea. Quizá los ingleses tuvieran la secreta ambición de quedarse con las islas una vez que fuesen invadidas. Los Hamilton, comerciantes británicos residentes en Tenerife, se mostraron preocupados por esa eventualidad.

Espero que Inglaterra se mantendrá fuera de esto, pero veo que Chamberlain ha dado un discurso en Birmingham a favor de una alianza con los Estados Unidos, y que Lord Salisbury ha afirmado lo mismo. Así dicen los telegramas provenientes de Madrid. De todas maneras, no es agradable oír sus comentarios, al igual que todo lo que se oye aquí en España. La gente piensa que Inglaterra se unirá con América solo para luchar contra España y, si lo hacen, obtendrán Cuba, Manila y Canarias (Guimerá Ravina, 1989, pp. 195-196).

Se militarizó el país. Los batallones desfilaron por la ciudad para levantar el ánimo de la población. Los hoteles y los comercios de propiedad inglesa fueron obligados a izar la bandera española. Accedieron de mala gana e inmediatamente que pasó la tropa bajaron las banderas. Los militares los forzaron a izarlas de nuevo. El consulado de EE.UU. fue atacado y «la chusma» pisoteó las barras y las estrellas⁵.

El cónsul norteamericano pretendía hacer llegar a su gobierno un cable, pero fue interceptado. Se le dijo que, si intentaba de nuevo mandar algún tipo de información al gobierno enemigo, sería ejecutado de inmediato⁶. La población estaba asustada y cualquier barco que entraba en el muelle por la noche era imaginado como la escuadra estadounidense. La sospecha generalizada se instaló entre los habitantes de la ciudad. Se llegó a decir que, si «los estadounidenses desembarcaban en la isla de Gran Canaria, las calles de la ciudad serán cubiertas de cuerpos de extranjeros»⁷. Se suspendió todo tipo de trato comercial con personas de otras naciones. El 11 de abril un barco americano cargado con madera de Baltimore «fue

⁴ Actas Ayuntamiento de Las Palmas sesión 20-4-1898. Citado en Hernández García, (1984), p. 20.

⁵ «War Spirit in the Grand Canary» (22/4/1898). New York Tribune, p. 7, Recuperado de <https://www.newspapers.com/image/467733832> [5-8-2019]

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

tratado con gran dureza por los españoles»⁸. Se prohibió «cambiar el dinero de los marineros por dinero español»⁹. Al empresario inglés Dempster le dieron veinticuatro horas para que entregara sus almacenes a los militares.

LOS MILITARES ESPAÑOLES A LO LOCO

Las medidas que tomó el Ministerio de la Guerra se debieron al conocimiento que tuvo de que Estados Unidos valoraba ocupar los archipiélagos de Canarias y de Baleares (Marimon, 1996). Hasta ese momento el gobierno pensaba que estas islas no serían ambicionadas por los norteamericanos. Pero la evolución negativa de la guerra en Filipinas modificó ese parecer. Tras la batalla naval de Cavite, en Canarias se comenzó a pensar en la invasión. Los ciudadanos organizaron sus bultos apresuradamente y marcharon a las zonas interiores de las islas: «50 o 60 carruajes, con muebles, equipaje, etc. parten de la ciudad cada día» (Guimerá Ravina, 1989, p. 195). Sin interrumpir sus rutinas, la ciudad estaba en una espera tensa esperando «el comienzo del bombardeo» (*ibid.*). Se habían colocado las baterías defensivas, listas para la acción. En Santa Cruz de Tenerife el puerto no se había minado por las dificultades que entrañan sus aguas profundas. El miedo se combatía con fiesta: «hay música casi todas las noches en la Plaza de la Constitución, que está llena de gente» (*ibid.*), aunque la ciudad entera se apagaba al llegar la medianoche.

La escuadra española al mando del almirante Cervera llegó al puerto de San Vicente, en Cabo Verde, el 14 de abril, y el 29 parte para el Caribe a enfrentarse a la escuadra de Sampson. Estados Unidos elevó una queja diplomática a Portugal por haber permitido el uso de sus puertos. Los portugueses alegaron que el aviso del estado de guerra se recibió en Lisboa el día 26 de abril, y que la neutralidad solo pudo ser implementada el día 28. Lisboa alegó que Cervera abandonó sus puertos al día siguiente de la declaración de neutralidad hecha por el Estado luso. Tras esa queja diplomática de los Estados Unidos, todos los países europeos proclamaron su neutralidad a partir del 1 de mayo (Goode, 1899, pp. 56-57).

El Archipiélago era difícil de defender en las condiciones de pobreza material y militar en la que se encontraba, además de ser siete islas susceptibles de ataques y conquista. Lo más razonable era una defensa marítima que protegiese todo el perímetro, pero la flota española no estaba en condiciones de enfrentarse en mar abierto contra los buques norteamericanos.

España no podía sufragar una escuadra que tuviese ese cometido, y la propuesta que hizo la comisión de estudio anotó la siguiente idea:

Las Islas han de estar apoyadas por una escuadra lo más poderosa posible, la que si no se encuentra en condiciones de combatir a la del enemigo en alta mar,

⁸ *Ibid.*

⁹ «Spain's troops at Las Palmas» (27-4-1898). *The Sun*, p. 5, Recuperado de <https://www.loc.gov/resource/sn83030272/1898-04-27/ed-1/?sp=5&r=0.012,0.139,1.091,0.46,0> [5-8-2019].



podrá siempre luchar bajo los amparos de las baterías de Santa Cruz y Las Palmas, sirviendo de apoyo a las indispensables escuadrillas de torpederos repartidos entre estos puertos¹⁰.

Y advierte que los torpedos en estas islas son de poca aplicación por las formas de radas abiertas que tienen todas las entradas marítimas. En el mejor de los casos se podía defender alguna isla, dos tal vez, pero no las siete y sus roques. Era imposible impedir que pudiese ser ocupada alguna de las islas menores con defensas casi inexistentes. Por ejemplo, Fuerteventura podía ser ocupada muy fácilmente y sin coste alguno para los atacantes. Su morfología

exigía un gran número de obras de fortificación tanto marítimas como terrestres. Por el contrario, la pobreza de la isla y su carencia de recursos de todo género incluían el ánimo a ser reducidos y económicos en los gastos, no exagerando estos en forma de que no guarden la debida relación prudencial con el valor e importancia del territorio que se quiere conservar¹¹.

En el informe final de dicha comisión se dice que «En Fuerteventura hay muy poco que defender, por la escasez de lluvias y lo despoblado de la isla»¹². El informe daba por buena en tales circunstancias la pérdida de esa isla u otras de menor valor, tal y como se anota. Nada hubiese sido más fácil para los norteamericanos que ocupar militarmente alguna de ellas.

No obstante, y pese a esas evidencias, la propaganda de guerra se abría paso de forma burda en los periódicos de las clases dominantes, y alentaban fantasiosas resistencias.

Hoy ya es imposible una sorpresa, y todos hemos tenido tiempo de desimpresionarnos de los efectos de un ataque repentino: quien más quien menos vive alerta y prevenido y todos unánimemente han decidido y resuelto defender este suelo palmo a palmo si es preciso¹³.

Los articulistas de la prensa eran aguerridos partidarios de la guerra: «Cuando vengan, si vienen, (encontrarán) que los hijos del gran coloso tienen en sus pechos más fuego y más calor y más fuerza, que en un tiempo guardó en su seno su padre el Teide»¹⁴. Una prensa irresponsable, propiedad de integrantes de las clases altas, no ahorra comentarios absurdos y sandeces (González, Cabrera y Fernández, 1986).

¹⁰ Ministerio de la guerra (1898). «Comisión de Estudios de Defensa de las Islas Canarias», Memoria, Archivo Regional Militar de Canarias (ARMC), Santa Cruz de Tenerife, caja 1558.

¹¹ *Ibid.*

¹² Ministerio de la Guerra (1898). «Informe final de la Comisión de Estudios de Defensa de las islas Canarias», Real Orden de 22 de noviembre de 1898. Archivo Regional Militar de Canarias, (ARMC) caja 1495, Carpeta 7.

¹³ Zenjime (5-5-1898). «La venida de los yankees». *Diario de Tenerife*, p. 2. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/viewer.vm?id=2806928&page=2> [13-8-2019].

¹⁴ *Ibid.*

Las dudas persistían tanto en el gobierno central como entre las autoridades militares y la opinión publicada en las islas. No obstante, y como la preocupación continuaba y el temor ante el hecho de que las ambiciones geopolíticas norteamericanas no parecía que fueran a menguar, el capitán general de Canarias, el teniente general Mariano Montero y Cordero declaró el estado de guerra el 9 de mayo de 1898. En el bando se decía que EE.UU. suponía una amenaza y un peligro ante el peligro, y que para mantener el orden utilizará los recursos que sean precisos. Cuenta para eso con el apoyo del ejército y la marina, así como con los «habitantes del país», y se dispone a hacer frente al «reto que se lanza a la Patria»¹⁵.

Por su parte, la prensa norteamericana hablaba sin tapujos sobre lo beneficioso que sería arrebatarnos las islas a España. El plan que preveía *The Sun* consistía en ocupar Filipinas, a la que se le sacaría el rendimiento necesario para que ella terminase pagando los costos de la guerra en pocos años. «Podemos gobernarlas como territorios y gobernarlos bien». El mundo verá un importante aumento del comercio de Estados Unidos con Filipinas y ello repercutirá muy favorablemente en todos «los estados de la Unión».

Deberíamos hacer lo mismo con Canarias, a menos que España recapacite en poco tiempo (...) imaginen el efecto sobre el extranjero que tendría la posesión de las Islas Canarias, respaldadas con fuertes fortificaciones y una buena flota. Las potencias europeas serían tan respetuosas y educadas como suelen serlo con Inglaterra¹⁶.

Estados Unidos buscaba mostrarse como una potencia global, y tras unificar su país después del genocidio en la conquista del oeste, se lanzaba a la arena internacional en competencia con las potencias imperiales europeas.

MILITARISMO SIN ESTRATEGIA

La diplomacia británica se puso en marcha para mantener unidas a las potencias europeas ante la eventualidad de un ataque. El cónsul inglés en Tenerife, A.H. Maclen, reunió a los cónsules de Francia y Alemania para articular una protesta conjunta en caso de que la guerra llegara (Quintana, 1992). A la vez que aconsejaba a sus súbditos que se mantuviesen neutrales durante el conflicto.

Paralelamente, el reforzamiento de las defensas continuaba en marcha, a paso de tortuga, dicho sea de paso. «En estas islas, como en las demás posesiones ultramarinas de España, se activan los trabajos de defensa emprendida para evitar

¹⁵ «Bando del Capitán General del Distrito de Canarias». *Diario de Tenerife* (9-5-1898), pp. 3-4. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/viewer.vm?id=2807016&page=2> [13-8-2019].

¹⁶ «Conquer and keep all Spain's colonies» (4-5-1898). *The Sun*, p. 6. Recuperado de <https://www.loc.gov/resource/sn83030272/1898-05-04/ed-1/?sp=6&r=0.183,1.021,0.763,0.322,0> [15-8-2019].



que los Estados Unidos las sorprendan con sucesos desagradables»¹⁷. El general Pérez Galdós fue el responsable de esos trabajos.

Con la llegada de los barcos procedentes de Cabo Verde, los españoles cobraron algo de músculo, aunque era claramente insuficiente.

Todos saben que las circunstancias porque hoy atraviesa España son terribles, que parte del conflicto que la abruma tiene origen en la falta de previsión por parte de los Gobiernos; que nuestro Archipiélago, aislado en medio del océano, distante de la madre patria, apetecido por su cielo, y por su suelo ha debido ser más atendido en fortificaciones para evitar las actuales premuras¹⁸.

La impresión de este diario de la oligarquía tinerfeña reflejaba una crítica antigua de las clases dirigentes insulares. La queja por el abandono en que se mantenía a las islas, olvidadas del todo, mientras España tuvo colonias más ricas y productivas a las que prestar su atención, se convirtió en letanía.

La presión sobre el gobierno español llevada a cabo por los periódicos norteamericanos pretendía traer una rápida resolución del conflicto. Amagaba con ataques a otros archipiélagos más cercanos, si no se firmaba pronto la paz. La prensa neoyorquina hablaba a mediados de mayo de que Canarias, Fernando Poo y Baleares podrían ser objeto de una ocupación militar tras Puerto Rico, Cuba y Filipinas. España vería así comprometidos todos los territorios extrapeninsulares, que seguía poseyendo antes de la finalización de la guerra en curso¹⁹.

El 13 de mayo se declaró el estado de guerra, las luces de los puertos se apagaron y se prohibió la exportación de alimentos²⁰. El comercio exterior quedó suspendido, pero el comercio con las potencias europeas, sobre todo con Gran Bretaña, era el grueso de la economía (Mas, 1985). El clima antiinglés entre los sectores más insertos en la estructura del Estado era evidente, y estos promovían ataques y acosos contra la colonia británica que vivía en las islas. El ambiente enrarecido entre las distintas comunidades asentadas en Las Palmas y en Santa Cruz fue la tónica general. El nerviosismo cundía entre las clases informadas y las tertulias estaban dedicadas en exclusividad a qué futuro depararía a las islas si fuesen atacadas. «En Las Palmas la ansiedad despertaba por los sucesos de la guerra (...) nuestra vida normal tan tranquila ha sufrido un cambio completo»²¹.

¹⁷ «Las Canarias. Obras de defensa. Actitud de los cónsules» (10-5-1898). *El Pancista*, p. 1. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/viewer.vm?id=5549974> [15-9-2019].

¹⁸ A.P.Z. (10-5-1898). «La alarma». *La Opinión*, p. 1. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/viewer.vm?id=3272991> [1-2-2022].

¹⁹ *The Sun* (11-5-1898). Recuperado de <https://www.loc.gov/resource/sn83030272/1898-05-11/ed-1/?sp=11> [3-2-2022].

²⁰ «En Estado de guerra» (24-5-1898). *El Zurriago*, p.1. Se cita el telegrama del gobernador civil de la provincia en el que activa el artículo 13 Ley Orden Público 23 de abril 1870 en consonancia con la Real Orden 10 de agosto de 1885 declarando la Provincia en Estado de Guerra».

²¹ «El patriotismo canario» (11-5-1898). *Diario de Las Palmas*, p. 1.

Las clases burguesas comenzaron a promover recolectas para alimentar a las familias de los reservistas, todo claramente insuficiente. La situación de emergencia de amplias capas de campesinos hambrientos los obligó a prescindir de los artículos más básicos, según anotó el informe consular británico. Los canarios

muestran una extraordinaria frugalidad y una habilidad especial para encontrar sustitutos (...) cuando el precio del trigo está alto utilizan el maíz o la cebada en su comida corriente (gofio), y cuando estos dos cereales están también caros, recurren a las papas o la fruta como elementos principales de su dieta (...) antes que recurrir a sus almacenes de granos de semilla, acudieron a raíces silvestres como artículo de alimentación (Quintana, 1992, p. 522).

Y la situación afectaba negativamente a los propios comerciantes ingleses, que consideraron el año 1898 como «desastroso desde el punto de vista comercial» (*Ibid.*, p. 521), mostrando su desesperación por «saber cuándo va a acabar todo esto», se dice en una carta de los hermanos Hamilton. «Te puedo asegurar que ya me estoy hartando: nada de vapores, nada excepto la probabilidad de dejar de sostener a un montón de gente que no tiene otro trabajo» (Guimerá Ravina, 1989, p. 194). Durante los meses que duró la contienda la caída del tráfico marítimo fue muy importante, resintiéndose todas las empresas que estaban radicadas en las ciudades portuarias dedicadas a la actividad de la importación y exportación (Mas, 1986, p. 16).

No había una estrategia clara, y las posiciones eran cambiantes según los autores que escribiesen. En general, se confiaba en un tono propagandístico para mantener alta la moral de la población, y siempre se remitía a ella como el baluarte defensivo que solventaría en última instancia las deficiencias técnicas y materiales que el ejército mostraba. Las noticias cambiaban su orientación y advertían de un ataque inminente, o bien planteaban que las islas no eran estratégicamente importantes para los norteamericanos.

Si nada decimos de la suerte que correrían en estas islas las escuadras enemigas, no es porque desconfiemos de su inmediata derrota, sino porque su visita a este Archipiélago está pendiente del éxito de sus operaciones en los mares de América y de Oceanía. Aquí será inútil toda agresión por parte de los yankees que, sin duda alguna, no pueden disponer por ahora de elementos que oponer a los que nosotros contamos para nuestra defensa y, sobre todo, porque cualquier deficiencia la supliría el valor y la lealtad de nuestro pueblo²².

Las clases dirigentes no eran conscientes plenamente del desafío tan tremendo al que estaban enfrentándose. Incluso destacados dirigentes militares con experiencia en el campo de batalla y una larga carrera profesional, como el general Valeriano Weyler, pronunciaban discursos fuera de la realidad en el Senado. Decía el marqués de Tenerife en tan noble auditorio que

²² «Mucho ruido» (12-5-1898). La Opinión, p.1.



Los Estados Unidos, ni en sus ejércitos, ni en su marina, ni en sus condiciones de raza, pueden igualarse de ninguna manera a lo que somos los españoles (...) con 50.000 hombres (...) estaríamos dispuestos a todo evento (...) y tengan presente los señores senadores que, al solo anuncio de reunirse aquí una expedición de esa clase, los Estados Unidos abandonarían su insolente actitud, y en vez de amenazar con sus buques, los llevarían a sus costas para defenderlas de cualquier ataque nuestro²³.

El belicoso marqués de Tenerife fue sustituido en la dirección de la guerra en octubre de 1897, «por su incompetencia militar y política» (Corvea, 2001, p. 55). Weyler, que no había podido derrotar a los mambises cubanos, se veía capaz de derrotar a los EE.UU. con un ejército de 50 000 hombres. La actitud cerril de la casta militar, y en buena medida del poder político, no contempló ninguna otra vía al problema de Cuba que no fuera la guerra. No se tomaron medidas para implementar reformas autonomistas. Nada de negociación, nada de «humanizar la guerra en la medida de lo posible (...) la patriotería creyó esto contrario a la famosa altivez castellana (...) porque no se confiaba más que en las atrocidades que realizara Weyler» (Cola, 2003, p. 328).

Afortunadamente, esa visión del general Weyler, de otros colegas suyos y de una parte importante de las clases dirigentes no era compartida por el entonces presidente del consejo de ministros, Sagasta, porque de haber sido así, probablemente las consecuencias de la guerra hubieran sido mucho peores para España, como el mismo Sagasta reconocía en un cablegrama enviado al gobernador general de Cuba el 12 de junio de 1898.

Dueños absolutos del mar los americanos, sabiendo por experiencia lo costoso que le es pelear con nuestros valientes soldados, se limitarán en adelante a estrechar más el bloqueo y bombardear impunemente los puertos, destacando al mismo tiempo buques de combate para atacar a Puerto Rico, Canarias, Baleares y algunas poblaciones de la Península, dando lugar entre tanto a que, ayudados por los indios, consigan la dominación de Filipinas y de seguro perturbar el orden público en el interior de la Nación (Ibáñez, 1899, p. 41).

Para el presidente del gobierno, no firmar la paz con los EE.UU. en el momento en que se encontraba la guerra en julio tendría como consecuencia que todo fuese mucho peor más tarde. Aún existían condiciones para una paz honrosa, no las habría si se prolongaba el conflicto, que es lo que querían los generales desplazados en Cuba y Canarias, y España se abocaría a una derrota total (*Ibid.*, p. 41). El presidente del consejo de ministros tenía una visión más realista y menos cargada de desatino militarista que la que mostraban sus jefes destinados en Cuba, los cuales le habían hecho llegar el mensaje de que «El ejército en general quiere la guerra por el honor de las armas y el suyo propio, y le sería muy doloroso abandonar, sin disputarle al enemigo, una tierra que viene conservando hace tantos años a costa de su

²³ *Ibid.*

sangre» (*Ibid.*, p. 42). Los generales establecidos en la mayor de las Antillas entendían la guerra como una cuestión de honor corporativo, y aun reconociendo que su esfuerzo belicoso sería poco a poco aplacado por las fuerzas del enemigo, venderían cara su derrota, de la que no dudaban.

Sagasta era muy consciente de que España no tenía ninguna posibilidad de ganar una guerra contra EE.UU., y antes de que comenzase el enfrentamiento militar trató de alcanzar acuerdos diplomáticos que lo pudieran evitar (Milán, 2001). Sin embargo, los norteamericanos no estaban interesados en nada que no fuese la anexión de las colonias españolas y el control de América Latina. El completo aislacionismo de EE.UU. no era más que un mito (Paul, 1992, p. 253).

La indefensión política y militar de las islas no estribaba solo en sus pobres defensas y en el olvido en que los gobiernos de Madrid las habían tenido, sino también en su división interna. En la incompetencia de unas clases dirigentes incapaces de construir un proyecto político unitario. Frente a ello siempre primó el ajuste de cuentas insularista (Millares, 2004, p. 126).

Villalba Hervás, diputado republicano tinerfeño afincado en Madrid, reconoció haberse equivocado al no creer que la guerra fuese a desatarse, fue muy crítico con quienes parecían desearla dentro de España, «unos por bárbaros y otros por interés» (Cola, 2003, p. 322), llevando al país a la bancarrota económica y moral «envalentonados los militaraches hasta el punto de que no habrá coronel que no se crea apto para implantar aquí con todas sus vergüenzas el caudillaje americano» (*Ibid.*, p. 322). Este republicano progresista no compartía los puntos de vista que en soflamas de patrioterismo irresponsable propalaban victorias imposibles. En carta a su amigo Patricio Estévez dejó dicho: «Si ahí se librase algún episodio de la contienda entablada, no quiero pensar lo que eso sería (...) Espero que sea otro el terreno que se elija» (*Ibid.*, p. 324).

El embajador en París y gran «cacique» de las islas, León y Castillo, mostró un punto de vista similar. En España había amplios sectores de la estructura de poder que querían la guerra.

Caldeada la opinión pública por una continua campaña en que se ponderaba nuestra superioridad militar, así por mar como por tierra, sobre los Estados Unidos, sin que una voz sensata se alzase para llamar tanto desvarío a la realidad, al saberse que Europa intervenía amistosamente para impedir que la guerra estallase, hubo un movimiento de indignación y de protesta, que se tradujo en manifestaciones y motines en las calles. Queríase a todo trance que el conflicto estallara, y a merced de este oleaje de la opinión, el Gobierno se vio arrastrado a correr los riesgos de una aventura verdaderamente temeraria (León, 2005, pp. 166-167).

Las especulaciones sobre si los norteamericanos vendrían después de que hubieran ocupado Cuba y Puerto Rico estaban a la orden del día, y el consuelo era que se sintiesen satisfechos con lo conseguido en el Caribe y en Filipinas. No obstante, y a pesar de que la prensa sostenía que las islas centrales estaban bien defendidas, y de las evidencias enormes que desmentían esa propaganda, se animaba a establecer puntos de vigilancia y de colocación de guerrillas por todos los perímetros insulares.



Las finanzas del Estado no estaban en disposición de sufragar los gastos de guerra, por ello el gobierno se vio obligado a emitir una Real Orden, fechada en 14 de abril de 1898, abriendo una suscripción «nacional voluntaria, para atender el fomento de nuestra marina y a los gastos que ocasione la guerra con la República norteamericana». Las clases dirigentes se sumaron con entusiasmo al llamamiento, y la composición de la Junta que acometió la responsabilidad de impulsar la campaña estaba integrada por el obispo, el capitán general, el gobernador civil, el presidente de la Diputación y otros ilustres cargos institucionales estatales, tal como el director de la sucursal del Banco de España en la provincia. Así que la guerra se sufraba por suscripción popular, unas iban destinadas a la flota y el ejército regular, y otras a las familias de los destacamentos de reservistas reconcentrados en las islas.

Los norteamericanos estaban puntualmente informados de cómo se reforzaban las defensas, y aunque las autoridades canarias y la prensa insular hacían lo posible por ocultar los detalles sobre la evolución en la construcción de las obras, los espías que trabajaban para el gobierno estadounidense enviaban puntuales y precisos avisos (Conte, 2015). Las autoridades españolas sabían que entre la colonia de extranjeros residiendo en las islas había informadores que enviaban por cable telegráfico, o tras la partida de algún buque, información a Londres que era luego enviada a los EE.UU.

Por otra parte, el uso de la información como arma de guerra fue constante durante la contienda. No sería conveniente tirar al traste la información de la que se hace eco la prensa norteamericana, en la que se informaba que el gobierno español estaría pagando un préstamo solicitado al gobierno de Francia para afrontar los gastos de la guerra, poniendo como garantía a las islas. Teniendo en cuenta que para los franceses toda el África occidental es de interés máximo, no es descabellado pensar que sus ambiciones sobre el Archipiélago fuesen usadas como moneda de cambio. No era la primera vez que los galos intervenían en el devenir de la historia de las islas (Le Brun, 2016).

La noticia referida decía:

Londres, 27 de mayo. El Chronicle de esta mañana dice, bajo reserva, que Francia ha prestado a España 400.000.000 de francos, de los cuales ya se han suministrado 40.000.000. El documento sugiere que España posiblemente haya dado a las Islas Canarias como garantía. Es imposible verificar la historia, pero parece ser una repetición del informe de que el Banco de París y los Países Bajos habían adelantado una gran suma al Tesoro español²⁴.

Hervás anotó en sus cartas que no creía que hubiese sido posible esa negociación en la que se pondría como garantía las islas. Pero teniendo en cuenta que otras islas fueron vendidas, tampoco sería muy descabellado pensar lo contrario. En el Tratado de París que puso final a la guerra se acordó la venta de algunas. Incluso un

²⁴ «Spain's lack of money» (27-5-1898). *The Sun*, p. 1. Recuperado de <https://www.loc.gov/resource/sn83030272/1898-05-27/ed-1/?sp=1&r=-1.035,0,3.071,1.237,0> [20-2-2022].

año después de finalizada la contienda volvía a salir de forma recurrente el asunto de la venta de las islas a alguna potencia extranjera, para con ello poder hacer frente a los gastos del pago de la deuda de guerra, sobre todo de la dejada en Cuba, que los norteamericanos exigían que fuera sufragada por los españoles, y en el caso de no poder hacer frente a esa responsabilidad «algunos estados europeos se encargarán de ese servicio mediante la explotación de las Baleares y Canarias»²⁵.

La lucha por la hegemonía en África entre Gran Bretaña y Francia era un hecho entonces, y la disputa por las islas estaba en consonancia con la necesidad de poseer puertos de escala para la navegación de sus flotas hacia las colonias africanas. Si Francia y España llegaban a un acuerdo de esa naturaleza, los ingleses, por su parte, no dudaban en ponerse del lado norteamericano. Para los ingleses, los rumores sobre un acuerdo secreto entre España y Francia que incluyese la cesión de las Islas Canarias y de Ceuta no eran nada disparatados. Sin embargo, los ingleses ya estaban muy asentados en las islas, poseían el grueso del comercio, controlaban sus puertos y el carbón que se despachaba, y sus finanzas, por medio de las casas de empréstito, habían impulsado los cultivos de plátanos y de otros frutos para la exportación, y sus redes comerciales e influencia entre la aristocracia canaria era muy poderosa.

Si España priorizaba la alianza con Francia, tal como parecía en el momento, los ingleses lo harían con los norteamericanos.

The Daily Chronicle piensa que la situación general es grave, y dice que los rumores de un acuerdo secreto entre Francia y España continúan con persistencia singular, y los informes de los intereses franceses sobre las islas Canarias y Ceuta se están reuniendo. En los círculos comerciales británicos se considerará la toma francesa de Canarias y de Ceuta como un acto hostil. De aquí en adelante, Gran Bretaña y Estados Unidos abordarán estas cosas con el espíritu correcto, y la solidaridad anglosajona se convertirá cada vez más en una fuerza que deberá ser reconocida²⁶.

Ante esta situación generada por las ambiciones de las potencias sobre las islas, la preocupación en el interior era la necesidad de «fortalecer en la conciencia de todos los canarios el sentimiento del deber patriótico»²⁷, que para entonces no estaba muy arraigado, no digamos ya en la masa campesina, para la que estas cuestiones no estaban entre sus prioridades vitales, sino incluso para clases sociales más declaradamente españolistas, que al parecer no se mostraban dispuestas a contribuir con fondos propios al sostenimiento de la patria que decían defender con la pluma y la palabra. La nada entusiasta participación con caudales propios de estas clases sociales se sumaba a la actitud muy extendida entre los campesinos de esconderse para no ser reclutados, manteniéndose como prófugos en una guerra que parecía no ser la suya.

²⁵ «El fin de España y la venta de las Canarias» (19-08-1899). *Eco del Valle*, p.1 .

²⁶ «England's eye on France and Spain» (2-6-1898). *New York Tribune*, p. 2. recuperado de <https://www.loc.gov/resource/sn83030214/1898-06-02/ed-1/?sp=2> [21-2-2022].

²⁷ «Lo que exige el patriotismo» (31-5-1898). *Diario de Las Palmas*, p. 1.

Existen problemas estadísticos para conocer el alcance real del número de prófugos que evitaron la guerra, aunque hay constancia en los archivos municipales sobre un problema persistente para reclutar a los «mozos» tanto en periodo de guerra como de paz. En 1886 se sustituyeron las históricas Milicias Provinciales por un ejército territorial, y esto modificaba completamente el régimen militar que se iba a aplicar a los nuevos soldados de reemplazo, los cuales podrían ser enviados fuera de la isla para cumplir el periodo de servicio. En el contexto de la guerra del 98 esto significaba que los reclutas canarios podían ser enviados a luchar a Cuba o Puerto Rico, como efectivamente sucedió. Desde esos años finales del siglo XIX se nota una «resistencia pasiva de la sociedad canaria ante el sistema de reclutamiento que se traducían en un alarmante crecimiento del número de prófugos» (Castellano, 1990, p. 115). El capitán general se percató del problema que esta nueva medida comenzaba a generar, y la dificultad que tenía su institución para encontrar reclutas a los que alistar, hasta el punto de temer que un día no haya joven al que someter a la disciplina castrense (*Ibid.*).

La flota española estaba librando su suerte en la batalla de Santiago de Cuba, de la que iba a salir derrotada, y con ella las esperanzas de poder mantener las colonias en el Caribe. El 3 de julio el almirante Cervera fue derrotado por Sampson, y el 16 de julio firmó la rendición. En Madrid, la noticia no pareció afectar al ánimo de sus ciudadanos más pudientes. Quedó constancia en la relación epistolar entre Hervás y Estévanez: «El día que se tuvo la noticia de la catástrofe de la escuadra de Cervera, los paseos y los teatros estaban llenos» (Cola, 2003, p. 326).

ADVERTENCIA SOBRE CANARIAS

Aún habría de esperarse un mes para que cesasen los enfrentamientos militares. La batalla naval había sido contemplada como la acción decisiva de la guerra. En Washington se era perfectamente consciente de esto, y la prensa norteamericana advertía que con la caída de Santiago de Cuba y la pérdida de la escuadra de Cervera se pondría punto y final a la guerra, porque no habría opción de continuar la lucha una vez ganada la batalla de los mares. Los estadounidenses estimaban enviar un aviso al gobierno de Madrid respecto a la suerte de las Islas Canarias si no se avenía pronto a firmar la paz y dar por perdidas las islas del Caribe. «Este gobierno está considerando la conveniencia de extender sus conquistas a Canarias»²⁸ para hacerle ver al gobierno español la inutilidad de proseguir la guerra en el interior de la isla de Cuba.

Los norteamericanos opinaban que era necesario transmitirle al gobierno de Madrid que de no firmar la pronta rendición, la guerra se extendería a otros territorios. «Nuestro deber es hacer la paz haciendo la guerra», escribía *The Sun*. La toma de Puerto Rico sería el último escollo para luego proseguir el avance hacia Cana-

²⁸ «Hoping for an early peace» (7-7-1898). *The Sun*, p. 1.

rias. La caída de Puerto Rico fue un duro golpe para la moral española, e instaló la desorientación y la desesperanza. Hervás era del parecer de que la paz se firmaría pronto: «A pesar de la opinión de nuestros heroicos generales y oficiales (no hablar así sería desacato) yo creo que la paz viene pronto; al menos los preliminares para llegar a ella; y cuanto más tarde más oneroso para España» (Cola, 2003, p. 328). Y mucho mejor es que así sea, continuaba Hervás, para dejar a Canarias fuera de la guerra. La firma del preacuerdo podría lograrlo. «Por eso tal vez se liberten Uds. de una poco agradable visita. Por más que quizá no fueran los puertos de Santa Cruz y Canaria los que para ella eligieran los yanquis» (*Ibid.*), le escribió a su amigo Patricio Estévanez.

Frente a esa demoledora realidad, que sume a España en la catástrofe del 98, las florituras de los medios insulares adornan de lenguaje anticuado la imposible resistencia. «España nos ha favorecido enviándonos tropas para que estemos acompañados, si por desgracia los enemigos llegan a molestarnos»²⁹. Nada mejor en un país dominado por el nacionalcatolicismo que la celebración de las correspondientes misas de campaña. Encomendándose a Dios entre las montañas de Ofra y Taco se reunieron centenares de tropas de todas las ramas «representantes de esa gran familia que se llama ejército, millares de hermanos de aquellos otros que están derramando su sangre»³⁰ en Cuba y Filipinas. La gente que se desplazaba hasta el lugar de la misa en sus carruajes portando a las «damas de nuestra buena sociedad», los curiosos a caballo, los ciclistas con sus «máquinas» y a pie el pueblo modesto y pobre que quiere asistir a la misa que reconforta su idolatría. El espectáculo soberbio «nunca visto entre nosotros». La banda militar haciendo sonar sus instrumentos. Los militares de gala en la tribuna, presidida por el capitán general. Suena la «marcha real», que décadas más tarde será el himno de España, y el cura levanta la oblea.

Aquellos soldados de la patria, jamás humillados, doblan entonces la rodilla ante el cuerpo y la sangre del Redentor (...) sublimidad indescriptible. Todo es grandioso, todo solemne. El pueblo y la tropa se confunden en unos mismos sentimientos, en el amor a Dios y a la patria. ¡Benditos sean unos y otros!³¹.

El nacionalcatolicismo sublimado se estaba convirtiendo en la expresión dominante del nacionalismo español (Álvarez Junco, 2017; Botti, 2008).

Los llamamientos para la defensa fueron compartidos por todos los ciudadanos «ilustres» que habitaban las islas, bien fuesen republicanos o monárquicos, moderados o progresistas, y no se andaban con palabras menores para hablar del enemigo: «esa raza de indignos mercachifles (...) cerdo yankee con oro cebado»³² y otras que advertían que si los isleños habían ido a defender las islas del Caribe con

²⁹ «Por la patria» (4-6-1898). *Hespérides*. Semanario Independiente, p. 1.

³⁰ «La Misa de campaña» (7-6-1898). *La Opinión*, p. 1.

³¹ *Ibid.* El «desastre del 98» como elemento central en la construcción de la identidad nacional española, puede verse en Álvarez Junco (2017), en especial pp. 567 y ss.

³² Gil Roldán R. (17-6-1898), *La Opinión*, p. 1.



valerosa actitud, cuando tocase proteger sus islas se redoblarían las ansias de victoria y sus ánimos para la guerra.

Atacaremos a los que osen hollar con su planta el suelo querido donde nos han sido inculcados los santos principios de caridad y amor a la Patria, fieles a nuestras tradiciones defenderemos palmo a palmo ese pedazo de tierra que es nuestro y de España, y con él a nuestros amigos y a nuestros hermanos³³.

Las islas en el Atlántico eran muy numerosas y eso entrañaba un inconveniente y un aliciente de cara a su ocupación, además del hecho de que muchas de ellas en el Atlántico oriental están bastante cerca de Europa, y bajo la hegemonía comercial o política de poderosos estados europeos.

Estados Unidos quería poseer una base para apoyar a sus escuadras y garantizar la defensa de sus costas; teniendo en cuenta que España había sido una potencia atlántica importante apoyándose sobre el eje Cuba, Puerto Rico y Canarias, pensaban que había llegado el momento de ocupar todo ese eje y ponerlo a su servicio (Garí, 2019).

Parte de su opinión pública creía que había llegado el momento de hacerse con el eje atlántico. Los norteamericanos habían recibido información de que la escuadra que quedaba a España, la de Cámara, estaba en condiciones lamentables. Varios de sus buques no habían recibido el armamento, y en otros lo recibido no se había montado, de ahí que los barcos estuvieran fondeados en Canarias y en Cabo Verde. Tal era la seguridad sobre la información que se poseía sobre el estado deficiente de la armada de Cámara que se dijo «si la escuadra de Cámara viene después de dejar las Canarias, aquí no debe causar ansiedad. Lo más probable es que enriquezca nuestro botín»³⁴.

Las defensas no habían sido construidas, y cualquier aproximación de la escuadra norteamericana hubiera sido letal, por eso el embajador en París debía apresurarse, no se podía perder tiempo si se quería evitar una matanza y, en último término, la pérdida de las islas (Quevedo, 2005). Dos años después de finalizar el conflicto, los baluartes defensivos estaban aún por construirse. Las únicas opciones reales entre abril y agosto de 1898 pasaban por esperar que no se produjese el ataque.

CONCLUSIONES

Las islas tienen una entidad geopolítica propia, distinta de la del resto de los territorios que componen el Estado. Su posición en las rutas de tránsito de los intereses imperialistas de finales del XIX las hacen apetecibles a las potencias centrales y a las emergentes. Su devenir en territorio frontera las marcó en el siglo XX.

³³ *Ibid.*

³⁴ «Camara and the Canaries» (15-6-1898). *The Sun*, p. 6.

Los medios de comunicación de ese entonces, y durante muchas décadas después del episodio de 1898, fueron expresión privativa de las clases oligárquicas y burguesas insulares, en los que los subalternos son de manera permanente relegados al silencio. Es muy difícil encontrar en los medios las voces del «pueblo», no digamos del pueblo femenino. El campesinado isleño, que suponía el 80 % de la población, aproximadamente, siempre fue visto como meros objetos de una historia brillante o trágica que protagonizaban otros.

La guerra no tuvo lugar en Canarias, y las islas se salvaron de ser arrolladas por una maquinaria bélica que, si bien aún estaba en construcción, era muy superior a la española. España era un país atrasado, con poco desarrollo industrial, y esto se traducía también en su armamento, mientras que EE.UU. era una potencia industrial de primer orden.

Los estadounidenses mantuvieron hasta el final su interés por poseer una estación carbonera en alguna de las islas, y aunque todavía no se hallaban preparados para entrar a la conquista de África, no cabe duda de que los que miraban con una visión a medio y largo plazo estaban convencidos de que era el momento de conquistar Canarias, a un coste realmente bajo, porque en julio de 1898 España no poseía armada que pudiera contener la llegada de los buques norteamericanos.

El desastre del 98 en Canarias no fue sino la continuidad del desastre que existía antes y después de los sucesos de 1898. Caciquismo, pobreza, precapitalismo, represión, explotación intensa de la mano de obra, analfabetismo e insularismo paralizante y estéril. La guerra del 98 fue sustituida por la guerra interinsular en las décadas siguientes hasta la división provincial de 1927. Las elites canarias no fueron capaces de construir un proyecto unitario y dedicaron todos sus esfuerzos a una lucha sin cuartel entre los prohombres de Las Palmas de Gran Canaria y los de Santa Cruz de Tenerife. Esto fue una de las causas importantes del sempiterno atraso canario durante la edad contemporánea.



BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, J. (2017). *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- BOTTI, A. (2008). *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España, 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial.
- CASTELLANO Gil, J. M. (1990). *Quintas, prófugos y emigración. La Laguna (1886-1935)*, Ayuntamiento de La Laguna, CCPC.
- CASTELLANO GIL, J.M. y Clar Fernández, J. (2009). *Los planes de defensa del archipiélago canario en el siglo XIX*. Santa Cruz de Tenerife, Idea.
- COLA BENÍTEZ, L. (2003). *Villalba Hervás. Un republicano íntegro. Cartas a Patricio Estévez*, Santa Cruz de Tenerife, Idea.
- CONTE DE LOS RÍOS, A. (2015). «Los servicios secretos en la guerra de Cuba. Confianza Agustina» *Revista General de Marina*, Mayo. Recuperado de [https://batiburrillosubmarino.wordpress.com/2015/01/11/los-servicios-secretos-en-la-guerra-de-cuba-confianza-agustina/\[20-1-2022\]](https://batiburrillosubmarino.wordpress.com/2015/01/11/los-servicios-secretos-en-la-guerra-de-cuba-confianza-agustina/[20-1-2022]).
- CORVEA ÁLVAREZ, D. (2001). *Valeriano Weyler, Marqués de Tenerife y la Reconcentración en Sancti Espiritu. Cuba (1896-1897)* Santa Cruz/Las Palmas, Bencho.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, M. (1899). *Defensa de las Islas Canarias. Organización de un cuerpo de ejército insular y recuerdos de los más señalados hechos de su historia relacionados con la defensa*, Madrid, El Trabajo.
- FARRUJIA COELLO, A. «Planes de invasión de las Islas Canarias en 1898». *Revista de Historia Canaria, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna*, 2014, nº196, pp. 161-183.
- GARÍ, D. (2019). *El expansionismo norteamericano a las puertas de Canarias en 1898*, Santa Cruz de Tenerife, LeCanarien ediciones.
- GONZÁLEZ, R.F; Cabrera Acosta, M.Á., y Fernández Expósito, J.R. (1986). *La prensa en Canarias. La prensa burguesa en Canarias ante la guerra de Cuba*, Cabildo Insular de Tenerife. CCPC.
- GUIMERÁ RAVINA, A. (1989). *La Casa Hamilton. Una empresa británica en Canarias 1837-1987*, Santa Cruz de Tenerife.
- GOODE, W.A.M. (1899). *With Sampson through the war*, New York, Doubleday&McClure Co., New York.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, J. (1984). *La invasión frustrada de los EE.UU. a Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, CCPC.
- IBAÑEZ MARÍN, J. (1899). *Capitulación de Santiago de Cuba*, Madrid, Establecimiento Tipográfico El Trabajo.
- LE BRUN, N. (2016). *Un francés entre Guanches. Sabino Berthelot y las Islas Canarias*, Gobierno de Canarias, La Orotava, Lecanarien, Université de Strasbourg, CHER.
- LEÓN Y CASTILLO, F. (2005). *Mis tiempos*, Santa Cruz de Tenerife, Idea.
- MAS HERNÁNDEZ, R. (2003). *La presencia militar en las ciudades. Orígenes y desarrollo del espacio urbano militar en España*, Madrid, Catarata.
- MILÁN GARCÍA, J. R. (2001). *Sagasta o el arte de hacer política*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- MILLARES CANTERO, A. (2004). *Santa Cruz dominadora*, Santa Cruz de Tenerife, Idea.



- PAUL ADAMS, W. (1992). Los Estados Unidos de América, Madrid, Siglo XXI.
- QUEVEDO MÁRQUEZ, J. (2005). Canarias y la crisis finisecular española (1809-1907): del desastre ultramarino a la garantía de seguridad exterior. Madrid, Ministerio de Defensa.
- QUINTANA NAVARRO, F. (1992). Informes consulares británicos sobre Canarias I (1856-1914), Las Palmas de Gran Canaria, CIES, La Caja de Canarias.
- TOUS MELIÁ, J. (1999). «La defensa de las Canarias ante la crisis del 98». Anuario del Instituto de Estudios Canarios, 1999, N.º 43. pp. 275-298.



